

## Concepción estética del arte y la literatura en José Martí

Martí no escribió nunca un tratado de estética. Como intuiciones geniales —relámpagos sorprendentes—, desfilan por su obra en distintos contextos y bajo temas inesperados, en forma dispersa y asistemática, sus ideas sobre el arte: la música, la pintura, la literatura o, más específicamente, sobre el teatro como drama o comedia, la novela y la poesía. De ahí que, para trazar un esbozo de su estética, siquiera esquemático e incompleto, es preciso recorrer su caudalosa obra para extraer de la misma, esparcidas al azar, escritas en distintos tiempos, obedeciendo a circunstancias diversas y mezcladas con otros problemas, sus concepciones estéticas sobre el arte en general y sobre la literatura específicamente.

En 1876, en su análisis de «Hasta el cielo», drama de José Peón Contreras, parece a primera vista inclinarse hacia la teoría del arte por el arte: captar armonías, plasmar lo etéreo, expresar de algún modo la huidiza inspiración, el logro de la belleza pura como intrínseca finalidad, cuando dice:

La belleza, por sí misma, es un placer. Hallamos algo bello, y hallamos algo de nosotros mismos. Cuando en alguna de las artes del espíritu, ora el ritmo del sonido en la palabra extensa —poesía— o en el eco sin extensión —música—; ora el atrevimiento del pincel sobre el lienzo a que se da color de carne y forma corporal; cuando, en algunas de estas artes bellas, se ha actualizado en sus evoluciones un sentimiento, se ha creado un cuerpo, se ha realizado un personaje o un conjunto estético, buena es la obra del pintor, buena es la fantasía del poeta, porque con cumplir la belleza han cumplido toda su obra.<sup>1</sup>

A continuación y en el mismo párrafo, asigna a los artistas la misión,

<sup>1</sup> JOSE MARTI, «Hasta el cielo: Drama de José Peón Contreras», *Obras completas*, ed. Jorge Quintana (Caracas: n.p., 1964), III, p. 662.

de resonancias platónicas, de bajar de los cielos a la tierra armonías celestes, intangibles concepciones.

Poetas, músicos y pintores, son esencia igual en formas distintas: es su tarea traer a la tierra las armonías que vagan en el espacio de los cielos, y las concepciones impalpables que se agitan en los espacios del espíritu. Formalizan lo vago: hacen terreno lo divino.<sup>2</sup>

En sus «Apuntes» de 1877 da un paso más en esta dirección viendo en las sensaciones sutiles que el arte produce, anticipos de un futuro al que concede un cierto carácter sobrenatural:

El arte es la forma de lo divino, la revelación de lo extraordinario... El ritmo de la poesía, el eco de la música, el éxtasis beatífico que produce en el ánimo la contemplación de un cuadro bello, la suave melancolía que se adueña del espíritu después de estos contactos sobrehumanos, son vestimientos místicos y apacibles augurios de un tiempo que será toda claridad.<sup>3</sup>

El arte como heraldo de horizontes trascendentes: «forma de lo divino», anticipo de momentos luminosos, impulso que eleva el espíritu humano a regiones superiores al ponernos en contacto con los hijos de la inspiración. No, no es el concepto del arte por el arte lo que Martí plantea. No crear belleza por crearla: ciclo que concluye en la propia creación, arte sólo y suficiente, sino el arte *con* el hombre y *para* el hombre que lo hace y para aquel que lo sabe recibir.

El maestro siente veneración por el arte, ama lo bello en todas sus formas, y confiere al mismo un poder purificador que edifica y afina el espíritu. En su magnífico ensayo sobre Oscar Wilde, en 1882 afirma: «El amor al arte aquilata el alma y la enaltece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos ha, las lágrimas.»<sup>4</sup> Arte que sosiega y alivia y ennoblece sublimando sentimientos en la vida del hombre.

¿Podremos concluir entonces que la exaltación de la belleza como forma ideal que se plasma en realidad para mejorar al hombre al enaltecerlo con su contacto es lo que constituye la esencia del arte? Demanda aún más que esto, del arte, Martí.

<sup>2</sup> «Hasta el cielo», Quintana, III, p. 662.

<sup>3</sup> «Apuntes», Quintana, III, p. 602.

<sup>4</sup> «Oscar Wilde», *La gran enciclopedia martiana*, ed. Ramón Cernuda (Miami, Florida, Editorial Martiana Inc., 1978), 11, p. 358.

En la filosofía griega el concepto de verdad, *alétheia*, tiene una connotación con patentizar. Buscar la verdad implica descubrirla, hacerla patente, «desvelarla», quitarle el velo que la encubre, la falsa apariencia que la enmascara y sacarla a la luz. En la concepción estética martiana se vislumbra una cierta semejanza intuitiva con este concepto de la verdad como *alétheia* cuando escribe:

En forma de precepto da la verdad el raciocinio filosófico. En forma de imagen da la verdad la poesía<sup>5</sup>.

¿Qué es el arte, sino el modo más corto de llegar al triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee en las mentes y en los corazones?<sup>6</sup>

El arte no ha de dar la apariencia de las cosas, sino su sentido.<sup>7</sup>

El arte como el medio más directo de captar con la inspiración la verdad y de quitar la falsedad de la apariencia. Es la verdad, el sentido, la idea lo esencial: el concepto que se vierte en formas de belleza, si no, no fuera arte. Belleza de la que emana, en cierto modo, la bondad en cuanto que la belleza, para Martí, eleva y ennoblece. De ahí que escriba en su artículo «Haití y los Estados Unidos»: «El hombre es noble y tiende a lo mejor; el que conoce lo bello, y la moral que viene de él, no puede vivir luego sin moral y sin belleza»<sup>8</sup>. Belleza, verdad y bondad como rasgos esenciales que se unen y se complementan en la estética martiana.

Para terminar la lista de las características apuntadas, falta, no obstante, una nota sorprendente. Esta será la utilidad.

Desde Inglaterra, John Stuart Mill (1806-1873), había postulado, con el utilitarismo, la concepción de que lo bueno es lo que es útil: utilidad con carácter social, no personal, al propugnar la mayor felicidad para el mayor número. Posteriormente William James (1842-1910), con su pragmatismo, aporte de los Estados Unidos a la filosofía, confiere a la verdad un carácter empírico: la última prueba de lo que significa una verdad es la conducta que dicta o inspira; lo verdadero es lo que tiene valor para la vida concreta. Utilitarismo y pragmatismo: filosofía que han pesado grandemente en el espíritu norteamericano.

No va por esos derroteros, sin embargo, el pensamiento de José Martí. Al preguntarse por la obra de Cuenca nos dice: «¿Es útil? Sí, porque

<sup>5</sup> «Carta al director de *La opinión nacional*, Caracas, 15 de abril de 1882», *Obras completas* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1964), XV, p. 268.

<sup>6</sup> «Desde el Hudson», *Obras completas*, ed. Quintana, II, p. 233-234.

<sup>7</sup> «La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin», Ed. Nac. Cuba, XV, p. 431.

<sup>8</sup> «Haití y los Estados Unidos», Ed. Nac. Cuba, XII, p. 414.

es bella. No hay como la contemplación de una hermosura para engrandecer la idealidad»<sup>9</sup>. La obra bella, por el hecho de serlo, ennoblece al que la admira, aumenta su capacidad de ideal, de ahí la utilidad ética que entraña, pues hace al hombre mejor cuando espiritualmente lo eleva. No todo lo útil, bello; pero sí todo lo bello útil por llevar en potencia la posibilidad de mejorar.

Martí es escritor, poeta, patriota, mas la patria es lo esencial. Lo demás se supedita a ella, y exclama enardecido:

¡La justicia primero, y el arte después! ¡Hembra es el que en tiempos sin decoro se entretiene en las finezas de la imaginación, y en las elegancias de la mente! Cuando no se disfruta de la libertad, la única excusa del arte y su único derecho para existir es ponerse al servicio de ella<sup>10</sup>.

¿Podrá clasificarse entonces la concepción martiana del arte como la de un arte comprometido? Si entendemos como tal el arte estrecho que corta sus alas y limita su vuelo sometándose a un régimen o ideología de partido al que sirve ciegamente, no puede llamarse jamás comprometido el arte hecho y propugnado por Martí. Si por el contrario entendemos «comprometido» en el sentido de compromiso con sus ideales e ilusiones, como arte que es estímulo vibrante que eleva y enaltece y vivifica en libertad, sí se le puede denominar como tal: arte en el que se enlacen la belleza, la bondad, la verdad, la utilidad.

Hemos ofrecido hasta aquí una idea general de lo que el maestro entendía por arte aplicable a todas sus manifestaciones en los diversos campos. Pasemos ahora, más concretamente, a la literatura.

La música es más bella que la poesía porque las notas son menos limitadas que las rimas: la nota tiene el sonido, y el eco grave, y el eco lánguido con que se pierde en el espacio: el verso es uno, es seco, es solo: —alma comprimida— forma implacable —ritmo tenacísimo—<sup>11</sup>.

... el escritor ha de pintar como el pintor. No hay razón para que el uno use de diversos colores, y no el otro<sup>12</sup>.

... reconstruyo en mí los colores y el aspecto de lo que tengo que pintar<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> «La cadena de hierro: Drama de Agustín Cuenca», Quintana, III, pp. 684-685.

<sup>10</sup> «La exhibición de pinturas del ruso Vereschagin», Ed. Nac. Cuba, XV, p. 433.

<sup>11</sup> «Versos de Pedro Castera», Quintana, III, p. 623.

<sup>12</sup> «El carácter de la Revista Venezolana», Quintana, III, p. 432.

<sup>13</sup> «Cuadernos de Apuntes, n.º 4, 1881», *Obras completas*, ed. Gonzalo de Quesada (La Habana: Editorial Trópico, 1946), LXII, p. 128.

Talmente parece como si Martí diera prioridad a la música y a la pintura, como si la literatura quedara algo relegada. Es ésta, sin embargo —el apóstol escritor y poeta a pesar de sí mismo—, la que más estudia, la que está más cerca de su corazón. Espiguemos algunos conceptos cruciales sobre ella: ¿qué es la literatura?, ¿cuál función le asigna?, ¿existe alguna relación entre ésta y su ámbito vital?

En primer lugar, ve la literatura como reflejo del alma del pueblo en que se crea, del que surge como manifestación, mostrando en forma espontánea a través de sus poemas, dramas, novelas, cuentos, ensayos, artículos y cartas, las alegrías, dolores, pasiones, sueños, fracasos, ideales, esperanzas, anhelos, virtudes, vicios, tradiciones, ideas y creencias: el modo intrínseco de sentir y ser de un pueblo o nación. Vida que transcurre y se condensa palpitante en la obra literaria como producto, consciente o inconsciente, del binomio insoslayable circunstancia-escritor.

Las obras literarias, si no son la explosión de una individualidad fantástica y potente, adecuado a todas las edades, son el reflejo del tiempo en que se producen<sup>14</sup>.

Cada estado social trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas fases de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus cricones y sus décadas<sup>15</sup>.

O la literatura es cosa vacía de sentido, o es la expresión del pueblo que la crea<sup>16</sup>.

Por esto, por considerar Martí la literatura como la expresión de un pueblo, rechaza con energía la imitación de lo ajeno y a continuación escribe:

... los que se limitan a copiar el espíritu de los poetas de allende ¿no ven que con eso reconocen que no tienen patria, ni espíritu propio, ni son más que sombras de sí mismos, que de limosna andan vivos por la tierra?<sup>17</sup>.

El estudio es un mérito; pero la imitación es un error: más que error, una dejación de la dignidad de la inteligencia<sup>18</sup>.

El maestro pide una literatura auténtica, con espíritu propio: una literatura que no sea copia servil. El hombre es un ser desarraigado, aerolito fugaz sin sentido vertical de pertenencia, sino el hombre creando *des-*

<sup>14</sup> «Fragmentos», Ed. Nac. Cuba, XXII, p. 97.

<sup>15</sup> «El poeta Walt Whitman», Quintana, II, p. 89.

<sup>16</sup> «Rafael Pombo», Quintana, III, p. 391.

<sup>17</sup> «Rafael Pombo», Quintana, III, p. 391.

<sup>18</sup> «La poesía», Quintana, III, p. 628.

*de y con* su circunstancia, enraizado en su pueblo que influye y se refleja directa o indirectamente en su creación. De aquí que, frente al hecho de la aparición de los nuevos pueblos hispanoamericanos —independientes, distintos, llenos de sueños y de vitalidad—, postula avizor la necesidad de una literatura que, para ser auténtica, tiene que ser autóctona, nativista, original. Ni europea ni indígena sino americana, nuestra, y escribe en 1875 en sus «Excenas mexicanas»:

Un pueblo nuevo necesita una nueva literatura. Esta vida exuberante debe manifestarse de una manera propia.

La vida americana no se desarrolla, brota. Los pueblos que habitan nuestro Continente, los pueblos en que las debilidades inteligentes de la raza latina se han mezclado con la vitalidad brillante de la raza de América, piensan de una manera que tiene más luz, sienten de una manera que tiene más amor, y han menester en el teatro —no de copias serviles de naturalezas agotadas— de brotación original de tipos nuevos.

México necesita una literatura mexicana.

...La literatura es la bella forma de los pueblos. En pueblos nuevos, ley es esencial que una literatura nueva surja<sup>19</sup>.

Crear esta literatura americana que corresponda al espíritu de los pueblos que surgen es imperativo. Por el contrario, renunciar a ser en sí y por sí, a ser plenamente lo que se es viviendo de lo ajeno, olvidando, ignorando o, peor aún, menospreciando lo nuestro, es una forma de traición: la literatura como apostasía; y escribe a José Joaquín Palma en 1978:

Es nuestra tierra, tú lo sabes bien, un nido de águilas; y como no hay aire allí para las águilas; como cerca de los cadalsos no viven bien más que los cuervos, tendemos, apenas nacidos, el vuelo impaciente a los peñascos de Hidelber, a los frisos del Partenón, a la casa de Plinio, a la altiva Sorbona, a la agrietada Salamanca. Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante, como nos vedan lo nuestro nos empapamos de lo ajeno. Así, cubanos, hemos trocados por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes<sup>20</sup>.

Que lloren otros sobre sus ruinas y estatuas y monumentos destruidos, enérgico le dice a Palma. Es otra nuestra misión y meta:

Nosotros tenemos héroes que eternizar, heroínas que enaltecer, admirables pujanzas que encomiar: tenemos agraviada a la legión gloriosa

<sup>19</sup> «Boletines de Orestes», Quintana, III, pp. 695-696.

<sup>20</sup> «Carta a José Joaquín Palma», Quintana, I, 2.ª parte, p. 736.

de nuestros mártires que nos pide, quejosa de nosotros, sus trenos y sus himnos.

Dormir sobre Musset; apegarse a las alas de Victor Hugo, herirse con el cilicio de Gustavo Bécquer, arrojarse en las cimas de Manfredo; abrazarse a las ninfas del Danubio; ser propio y querer ser ajeno; desdenar el sol patrio, y calentarse al viejo sol de Europa; trocar las palmas por los fresnos, los lirios del Cautillo por la amapola pálida del Darro, vale tanto, ¡oh amigo mío!, tanto como apostatar. Apostasías en Literatura, que preparan muy flojamente los ánimos para las venideras y originales luchas de la patria<sup>21</sup>.

Este afán de reflejar lo nuestro, clamor insobornable que lanza como clarinada, no implica menosprecio ni ignorancia de otras literaturas. Martí tiene un profundo conocimiento de las mismas. Ha escrito sobre ellas artículos y ensayos penetrantes. Está al día en relación a su momento. Posee un amplio acervo cultural. Muy por el contrario, aludiendo a la dificultad que confrontan los de habla castellana de estar en contacto con las literaturas europeas, tan superiores en ese tiempo a la española decadente en la que dominaban Núñez de Arce y Campoamor, afirma en su bello ensayo sobre Oscar Wilde: «¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras, tan sobradas hoy de ese ambiente natural, fuerza sincera y espíritu actual que falta en la moderna literatura española?»<sup>22</sup>, y añade con sabiduría procurando mantener el equilibrio entre la necesidad de hacer una literatura autóctona y la de conocer las ajenas sin caer en la imitación: «Conocer diversas literaturas es el medio mejor de liberarse de la tiranía de algunas de ellas; así como no hay manera de salvarse del riesgo de obedecer ciegamente a un sistema filosófico, sino nutriéndose de todos...»<sup>23</sup>.

Bien pudiera pensarse que conluyen aquí las atribuciones que le confiere Martí a la literatura. Sin embargo, no hay tal; le asigna aún una misión superior: la de ayudar a mejorar, a conducir, a formar el alma del pueblo del que es, a la vez, resultante y reflejo; la de estimular para que el hombre crezca, se conquiste, adquiera libertad espiritual y pueda realizar su ser. La literatura con una función esencial de carácter ético, ya que el fin utilitario de formar al hombre, de formar el pueblo queda incluido dentro del ámbito ético de formar-para-el-bien. Por eso escribe en su ensayo antológico sobre Walt Whitman:

<sup>21</sup> «Carta a José Joaquín Palma», Quintana, I, 2.ª parte, p. 736.

<sup>22</sup> «Oscar Wilde», *La gran enciclopedia martiana*, ed. Ramón Cernuda, II, p. 353.

<sup>23</sup> «Oscar Wilde», Cernuda, II, p. 353.

¿Quién es el ignorante que mantiene que la poesía no es indispensable a los pueblos?... La poesía, que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsistir, mientras que aquélla les da el deseo y la fuerza de la vida<sup>24</sup>.

Sobre la utilidad material de la industria, la utilidad espiritual de la poesía. Poesía que no es ya sólo inspiración individual, canto del alma que se plasma en belleza ni reflejo de una circunstancia, sino también, aliento para el hombre, modo de enaltecerlo y mejorarlo: poesía como necesidad colectiva y personal.

Llevado de su entusiasmo, en el mismo ensayo sobre Whitman nos habla de que la literatura que anuncie y propague el concierto final de las contradicciones aparentes, promulgue la identidad en una paz superior a dogmas y pasiones rivales e:

... inculque en el espíritu espantadizo de los hombres una convicción tan arraigada de la justicia y belleza definitivas que las penurias y fealdades de la existencia no las descorazonen ni acibaren, no sólo revelará un estado social más cercano a la perfección que todos los conocidos, sino que, hermanando felizmente la razón y la gracia, proveerá a la Humanidad, ansiosa de maravilla y de poesía, con la religión que confusamente aguarda<sup>25</sup>.

(Momento de exaltación poética, postulado teórico irreal. Ni existirá nunca ese estado social casi perfecto, ni la literatura puede aspirar a ocupar el lugar de la religión cuyo fin es trascendente; pero estas palabras escritas en un raptó de vehemencia, a pesar de su «irrealidad», nos permiten medir hasta qué punto confería Martí a la literatura la función de formar y perfeccionar al hombre y a la sociedad.)

Quiere que se aquilate y cale hondo rocío en la mañana que penetra insensible— esta dimensión misional de la literatura, de ahí que, aludiendo a la poesía, le escribe precisamente a los niños en «La edad de oro» —«porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo»<sup>26</sup>—, las siguientes palabras de estímulo y guía:

... poetas como Homero ya no podrán ser, porque estos tiempos no son como los de antes, y los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de

<sup>24</sup> «El poeta Walt Whitman», Quintana, II, p. 90.

<sup>25</sup> «El poeta Walt Whitman», Quintana, II, p. 89-90.

<sup>26</sup> «La edad de oro», Quintana, IV, p. 319-320.



hombre con hombre para ver quién es más fuerte; lo que ha de hacer el poeta de ahora es aconsejar a los hombres que se quieran bien, y pintar todo lo hermoso del mundo, de manera que vea en los versos como si estuviera pintado con colores, y castigar con la poesía como con un látigo, a los que quieran quitar a los hombres su libertad, o roben con leyes pícaras el dinero de los pueblos, o quieran que los hombres de su país les obedezcan y les laman la mano como perros. Los versos no se han de hacer para decir que se está contento o se está triste, sino para ser útil al mundo, enseñándole que la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos y madres<sup>27</sup>.

A la poesía, al teatro, a la novela, a la literatura en general encarga el maestro esta tarea formativa del hombre, del pueblo; pero la libertad de Cuba es la esencia misma de su vida —fuerza y acicate, dolor y gloria, gozo y esperanza—. «En este momento debemos sólo pensar en la obra magna, la única digna: la de hacer la independencia»<sup>28</sup>, le dice a Gonzalo de Quesada al preguntarle éste por unas páginas sueltas de *El Latino-Americano*, que resultaron ser de su novela —«noveluca»<sup>29</sup> en sus propias palabras—, *Amistad funesta*. Todo lo que lo distraiga de su misión lo juzga negativo; por eso tilda de «grandísima culpa»<sup>30</sup> a *Amistad funesta*, puesto que la cree inútil, y, en 1882, en carta a Varona y Zéndegui, de «pecado» al *Ismaelillo*<sup>31</sup>: poemario breve en el que vuelca sus visiones sobre el hijo ausente —refugio, bálsamo, príncipe enano de quien cobra fuerzas—, pero poemario carente de otro fin ulterior. Surgió en un arranque de nostalgia y de ternura, intimidad hecha belleza y flor; mas yace la edición inerte amontonada en el estante,

... porque como la vida no me ha dado hasta ahora ocasión suficiente para mostrar que soy poeta en actos, tengo miedo de que por ir mis versos a ser conocidos antes que mis acciones, vayan las gentes a creer que sólo soy, como tantos otros, poeta en versos<sup>32</sup>.

Antes quiero yo hacer colección de mis obras que de mis versos<sup>33</sup>.

Otras cosas podría hacer: acaso no las hago, no las intento acaso, robando horas al sueño, únicas horas mías, porque me parece la expresión

<sup>27</sup> «La edad de oro», Quintana, IV, p. 351-352.

<sup>28</sup> «Amistad funesta», Quintana, IV, p. 695.

<sup>29</sup> «Amistad funesta», Quintana, IV, p. 696.

<sup>30</sup> «Amistad funesta», Quintana, IV, p. 697.

<sup>31</sup> «Carta a Enrique José Varona» y «Carta a Gabriel Zéndegui», Quintana, IV, p. 450-451.

<sup>32</sup> «Carta a Manuel Mercado, 11 de agosto de 1882», Quintana, IV, p. 451.

<sup>33</sup> «Carta a Vidal Morales, 8 de julio de 1882», Quintana, IV, p. 449.

la hembra del acto, y mientras hay que hacer, me parece la mera expresión indigno empleo de fuerzas del hombre<sup>34</sup>.

Lo que no sea en función de la libertad de Cuba, lo ve como pecado, de ahí su enorme obra en prosa —artículos, ensayos, cuentos, piezas oratorias, cartas— dedicada directa o indirectamente y bajo temas diversos a sembrar el ideal. Ideal que transmite con belleza inigualable trocándolo en arte, en literatura a la que pertenece toda su producción. Por otra parte, impelido por la fuerza creativa que lo invade poderosa, brotan sus poemas en momentos escasos robados al descanso. Prosa y poesía que lo convierten, con Darío, en iniciador del modernismo innovador.

Trae cada sistema filosófico una literatura, consecuencia suya; y a la manera práctica de ver las cosas, ha correspondido esta literatura dura y extraña, triste y dolorosa, que se llama escuela realista<sup>35</sup>.

La filosofía oficial a fines del siglo XIX, el positivismo, padre del utilitarismo y del pragmatismo, es una filosofía a ras de tierra: parte del dato sensible como única certidumbre, adopta como suyo el método de las ciencias de observar y de experimentar, niega lo trascendente y descalifica la metafísica, anula la verdad absoluta y la convierte en relativa.

Martí, en franca referencia al positivismo imperante —filosofía que se estrella frente al acantilado enhiesto de su firme ideal— lo rechaza diciéndole a los niños en *La edad de oro*:

La luz no se ve, y es verdad, como que si se acabase la luz, se rompería el mundo en pedazos, como se rompen allá por el cielo las estrellas que se enfrían. Así hay muchas cosas que son verdad aunque no se las vea. Hay gente loca por supuesto, y es la que dice que no es verdad sino lo que se ve con los ojos<sup>36</sup>.

A esta filosofía ha correspondido esa literatura «dura y extraña, triste y dolorosa», a que antes alude y que llama escuela realista.

No se limita a copiar lo que ve malo: exagera e inventa mayor maldad... Así la escuela realista pone especial empeño en presentar descarnadas y rudas todas las fealdades del ser vivo... Si por escuela realista se entendiese la copia fiel de los dolores sociales, no para justificar errores, no para darse el placer de presentar heridas que perpétuamente vierten sangre, sino para aislar y provocar antipatía a los errores que se presentan, y ver cómo se contiene la sangre que brota sin cesar de los míseros

<sup>34</sup> «Flores del destierro», Quintana, IV, p. 523.

<sup>35</sup> «Boletines de Orestes: Filosofía y literatura», Quintana, III, p. 793.

<sup>36</sup> «La edad de oro», Quintana, IV, p. 442.

vivos, fuera la escuela nueva racional y justa, y cumpliría en el teatro su obra de hacer bien<sup>37</sup>.

A este «realismo» cuya descripción concuerda más bien con el naturalismo crudo que acumula lo sórdido en un panorama desolado y gris, corriente literaria que es hija indudable del positivismo, o pone, Martí, como ideal para el teatro —teatro al que asigna la función de enseñar bellamente<sup>38</sup>—, el «realismo real»: «En el teatro falta —y ha de venir—, la exacta copia, la natural presentación, la predicación consoladora, el realismo real»<sup>39</sup>.

El maestro parece seguir en cierto modo la inclinación hacia lo práctico, vigente en su momento, al proclamar la necesidad de un teatro realista que enseñe bellamente, pero esta actitud se debe, no a un pragmatismo filosófico, sino a la necesidad histórica de ayudar a forjar la nación.

Como silenciosa reacción al positivismo imperante que limita y asfixia, llevados por esa necesidad de trascendencia, por esas ansias de infinito que el hombre oscuramente siente, desde lugares distintos y sin conexión entre sí, filósofos desconocidos cuyo impacto se hará sentir en el siglo XX con el descubrimiento de la vida como tema crucial de la filosofía, otean el horizonte en busca de certidumbre. Esta situación de hastío, este anhelante buscar de la filosofía tiene su actitud correspondiente en el campo literario. Frente al naturalismo desolado, frente al realismo sin ideal, una sensibilidad diferente persigue una forma, procura un estilo. Martí lo plasma en palabras, y escribe: «La literatura de nuestros tiempos es ineficaz, porque no es la expresión de nuestros tiempos»<sup>40</sup>. Su espíritu sensible, radar que presiente lo ignoto y se ahoga en la atmósfera estrecha que emana del positivismo, vislumbra horizontes e intuye caminos en forma espontánea; ve nuevas visiones y capta y ofrece en poesía y prosa otra dimensión. Surge de su alma la imagen fecunda; plásmase la inspiración: musa que lo visita y a quien sirve, que viene por su gusto y sin reclamo, a su antojo: fiera, amorosa, exigente, dolorida, naciendo del poeta, de su ser vibrante, el poema suyo: versos revueltos y encendidos como su corazón, tajos de sus entrañas, visiones verdaderas que él reclama que vio. Un estilo distinto, un sentir diferente: el modernismo que triunfa como modo de expresión.

FLORINDA ÁLZAGA

Barry University. Miami, Florida

<sup>37</sup> «Boletines de Orestes: Filosofía y literatura», Quintana, III, p. 793.

<sup>38</sup> «Boletines de Orestes: Filosofía y literatura», Quintana, III, p. 794.

<sup>39</sup> «Impulsos del corazón: Drama de Peón Contreras», Quintana, III, 688.

<sup>40</sup> *Diccionario del pensamiento de José Martí*, comp. Lilia Morales de Castro (La Habana: Editorial Selecta, 1953), p. 217.